

Santísima Trinidad B



Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos e hijas de Dios. (cf. Rm 8,14)

Primera lectura

Deuteronomio 4,32-34.39-40

Habló Moisés al pueblo y dijo: – Pregunta, pregunta a los tiempos antiguos, que te han precedido, desde el día en que Dios creó al hombre sobre la tierra: ¿hubo jamás desde un extremo al otro del cielo palabra tan grande como ésta?, ¿se oyó cosa semejante?, ¿hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y haya sobrevivido?, ¿algún Dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo poderoso, por grandes terrores, como todo lo que el Señor, vuestro Dios, hizo con vosotros en Egipto?

Reconoce, pues, hoy y medita en tu corazón, que el Señor es el único Dios allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor tu Dios te da para siempre.

Segunda lectura

Romanos 8,14-17

Hermanos y hermanas: Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: Abba! (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo.

Evangelio

Mateo 28,16-20

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: – Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Meditación

La resurrección completa el círculo de la vida de Jesús. Sólo desde ella se explica en profundidad cuanto dijo e hizo en su vida anterior. Sólo cuando ella tuvo lugar, llegó la posibilidad de una revelación total accesible y, hasta cierto punto, comprensible por los discípulos. Sólo ante ella el riesgo de la fe dejó de apoyarse únicamente en su palabra reveladora y pudo descubrir que la palabra estaba respaldada por la realidad misteriosa de los hechos.

La plena manifestación de Jesús tiene lugar en Galilea. ¿Por qué en Galilea? Probablemente para significar que Jerusalén había dejado de ser el centro del culto y de la religiosidad. Desde ahora el acceso a Dios, el verdadero templo, no se hallaba circunscrito a un lugar – ni aquí ni en Jerusalén – sino a una persona, a la persona de Cristo.

La plena revelación tiene lugar "en el monte que Jesús les había señalado". El monte es el lugar de la revelación. La revelación de Dios en el Antiguo Testamento tuvo lugar en el monte Sinaí. La revelación de Jesús (nuevo Moisés) tiene lugar también en el monte: en el de la transfiguración (donde manifiesta su naturaleza), en el de las bienaventuranzas (donde manifiesta su enseñanza y sus exigencias morales) y en el de Galilea (donde manifiesta su autoridad y misión).

La resurrección de Jesús introdujo un cambio radical en la relación de sus discípulos con él. Durante su vida terrena tenían frente a él la deferencia que el discípulo debe al Maestro. Ahora aparece la relación del creyente frente a su Señor. La postración – gesto reservado para el encuentro con los grandes monarcas divinizados o considerados con categoría divina – de los discípulos, significa claramente que los discípulos habían descubierto la divinidad en él. La duda de algunos es explicable, y hasta plausible. Mientras no llega la convicción profunda de la fe no resulta fácil, resulta imposible, descubrir en Jesús a Dios.

La actividad encomendada a sus discípulos se centra en introducir a los hombres en el misterio de Cristo mediante el bautismo y en la enseñanza de cuanto el Señor dijo e hizo como norma vinculante del discípulo al Maestro, del siervo a su Señor.

El evangelio termina como comenzó. Al principio nos fue anunciado el nombre de Emmanuel, Dios con nosotros, que había sido anticipado por el profeta Isaías. Ahora se nos asegura que aquella profecía se ha hecho permanente realidad: "estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". En otras palabras, sigue siendo Emmanuel, Dios con nosotros.

La cercanía de Dios llena de euforia al pueblo de Israel. El es quien los libró de la esclavitud y los colocó en la tierra. Con Cristo, esa cercanía se hace intimidad. El hombre no sólo se siente liberado, sino hijo en el Hijo. Y devuelve en libertad, entregándola, esa vida que se le ha dado. Eso significa el bautismo que se hace "a nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu". Una vida que se pone libremente a disposición del Dios Trino para que la posea, la llene y la transforme.

Ante nosotros, en esta liturgia, se despliega el mural de la vida íntima de Dios. No vemos nada. Es normal. Dios es cegador. Sin embargo, intuimos algo definitivo: Dios es amor. No es solitario. Vive en compañía, en comunión divina.

Gracias a ese amor infinito que Dios es en el Padre, el Hijo y el Espíritu, nosotros hemos recibido la salvación.

¿Qué otra cosa podemos hacer que contemplar ese inagotable panorama? La gloria, la alabanza, la bendición y la acción de gracias son las únicas palabras dignas y humildes que podemos pronunciar ante Dios.